

planta sagrada de los antiguos pueblos, la imagen de la divinidad, el *Loto*, el régio y majestuoso hermano de nuestro lindo nenúfar, es el principal alimento del hipopótamo. Esta planta, cuya vista inspira á los poetas, cuyas flores son tan notables por su color como por su perfume, es brutalmente devorada por el mas hediondo de todos los mamíferos terrestres, aunque come tambien otras plantas acuáticas, y en caso de necesidad hasta cañas y juncos. Entre las muchas islas que se hallan en todo el curso del Abiad, ensánchase este algunas veces en forma de lago, y otras queda reducido á un pantano infecto, ó bien aparece cubierto de una vegetación espléndida; pocas veces se presenta como un rio de curso lento y majestuoso. Allí viven centenares de crocodilos é hipopótamos, que parecen aislados del resto de la creación: allí crecen el papiro, el loto y el ombak, suave como el terciopelo; allí los nenúfares y otras cien plantas ofrecen á los paquidermos un alimento abundante. Tan pronto se les ve aparecer en la superficie como sumergirse á fin de arrancar una raíz, para lo cual les prestan sus caninos muy buen servicio.

Ver á un hipopótamo cuando se dispone á comer es un espectáculo verdaderamente repugnante: á la distancia de un kilómetro se puede distinguir á la simple vista cómo abre su enorme boca, y á algunos centenares de pasos es fácil contar los movimientos que hace cuando mastica. Aquella cabeza informe desaparece debajo de las plantas; entúrbase el agua en un gran espacio; el animal aparece con un montón de vegetales, depositale en la superficie del agua, y luego lo masca y traga lentamente con marcado placer. Por ambos lados de su boca penden los tallos de las plantas: gotea continuamente de sus labios el verdoso jugo mezclado con la saliva, y de vez en cuando salen de aquella pelotones de yerba mascada, que vuelven á ser tragados de nuevo. Durante la operación, los ojos del animal están fijos, inmóviles y sin expresión alguna; los dientes aparecen en toda su longitud.

No sucede lo propio en los parajes donde el rio se encajona entre orillas escarpadas, como por ejemplo en el Azrak, cuyo rápido curso no permite la formación de lagos: pues en este caso el hipopótamo tiene por precisión que ir á buscar su alimento en la tierra; una hora despues de ponerse el sol sale muy despacio del rio, escuchando y mirando á todos lados: por do quiera se ven los senderos que traza en las selvas vírgenes, especialmente donde la riqueza de la vegetación le proporciona sobrado alimento. En las inmediaciones de los lugares habitados encaminase hácia los plantíos, en los cuales destroza en una sola noche toda la cosecha de un campo. La voracidad de los hipopótamos no reconoce límites, y por fértil que sea su país, conviértense en verdaderas calamidades cuando son numerosos. Pisotean mucho mas de lo que comen, y una vez hartos, revuélcanse sobre las mieses á la manera de los cerdos.

El hipopótamo come toda clase de trigo y tambien las legumbres que se cultivan en el país; así por ejemplo, segun Baker, gústale los melones de agua, cada uno de los cuales, á pesar de tener el tamaño de una calabaza, no es sino un bocado para estos colosos. Raras veces se alimentan de ramas, pero les gusta la yerba, que pacen á la manera de los bueyes, con la única diferencia de arrancar con su enorme boca una cantidad mucho mas considerable que la cogida por aquellos rumiantes. Nunca se observan restos de ramas ó raíces en sus excrementos; segun Heuglin, hacen regularmente sus deposiciones al salir del agua, meneando vivamente la cola.

Y no es solo nocivo este animal porque destruye los campos cultivados, sino tambien porque puede ser un peligro

para el hombre y los animales. Durante sus excursiones se precipita ciegamente contra todo lo que se mueve, siendo sobre todo muy temible en los sitios donde le ha perseguido ya el hombre. Sus fuertes incisivos son armas terribles, con las que es capaz de triturar á un buey: en las localidades donde abundan estos paquidermos es preciso velar cuidadosamente por los rebaños, cuya sola presencia irrita en el mas alto grado al gigantesco animal. Ruppell cuenta que un hipopótamo hizo pedazos á cuatro bueyes de tiro que estaban echados tranquilamente cerca de un canal de riego.

Yo mismo he oido historias análogas: los indígenas nos dijeron á Baker y á mí, que no trata al hombre mejor que á los animales. Solo quien no haya tenido ningun encuentro con este animal, como los tuve yo; quien no se haya visto obligado á huir ante su furia, podría presentarle como pacífico y dócil; quien lo considere como tal no le habrá visto nunca en su furia mas completa. Mientras está en el agua nadie se puede fiar del todo. Es verdad que regularmente no ataca en este elemento á las lanchas grandes, sino que las evita con cierta timidez y prudencia; pero algunas veces hace todo lo contrario, y puede poner en grave peligro á una barca ligera y sus tripulantes. «El teniente Vidal, refiere Owen, acababa de pasar á bordo de una pequeña barca para emprender su excursión por el rio Tembi, en el sudoeste de Africa, cuando de pronto sintió un choque muy violento en la quilla, tanto que la popa salió casi toda fuera del agua, cayendo el timonel en la superficie líquida. Un momento despues apareció entre las olas un hipopótamo gigantesco, precipitose furiosamente, abiertas las fauces, sobre el barco, arrancó con sus terribles mandíbulas siete tablas á la vez, y desapareció al punto. Poco despues aparecia de nuevo para renovar su ataque: pero se lo impidieron los tripulantes disparándole un tiro certero. La barca se habia llenado muy pronto de agua; mas por fortuna se hallaba tan cerca de la orilla que los viajeros pudieron saltar en tierra antes de sumergirse. Probablemente la quilla habia tocado el lomo del animal, excitándole así al ataque.» No tengo motivos para dudar de la veracidad de este relato, pues tambien mis barqueros me refirieron cosas análogas y evitaron en lo posible el encuentro con los hipopótamos; desagradábales mucho que tirásemos desde la embarcación contra estos animales. Los hipopótamos son mucho mas peligrosos en tierra que en el agua, porque en aquella no emprenden siempre la fuga; muy léjos de ello, cuando se les irrita ó provoca atacan sin vacilar al hombre, lo mismo que un jabalí furioso; yo mismo he visto esto, y referiré mas adelante mi encuentro con uno de estos colosos. Segun me aseguraron los indígenas, cogen con la boca el objeto que excita su furia, tritúranle con sus terribles dientes y le aplastan luego con los piés. Un árabe que quiso defender los melones de su huerto de los ataques de un hipopótamo, fué atacado de pronto por el animal, segun refiere Baker, y muerto de una sola dentellada. El mismo hipopótamo osó despues atacar en varias ocasiones á los pastores y sus rebaños, aterrorizando de tal modo á los habitantes de la comarca, que nadie tuvo valor para acercarse al rio.

El hipopótamo es mas peligroso todavía cuando está con su hijuelo. Ultimamente se han podido hacer observaciones en individuos cautivos acerca de la reproducción: en cuanto á los que viven libres, se sabe tan solo que la hembra es unípara y pare en el primer tercio de la estación de las lluvias, época en que el alimento es mas abundante y nutritivo: el parto se verifica en diversos meses, segun los países.

Inquieta siempre por su hijuelo, la madre ve por todas partes un peligro para él y se precipita sobre todo lo que le parece un adversario; es de creer que le conserva largo tiem-

po en su compañía. Livingstone vió pequeños del tamaño del perro pacho; pero los menores que yo encontré tenían la talla de un jabalí adulto: el mismo viajero dice que la madre lleva primero á su hijo sobre el cuello y mas tarde en la cruz; yo no he visto nunca nada de esto, y me parece que hay aquí algun error de observación. Como quiera que sea, la hembra se muestra sumamente cariñosa con su progenie, y hasta creo que el macho acude á su defensa, pues casi siempre he visto á los adultos con su hijuelo. La hembra se reconoce fácilmente, porque no le pierde un momento de vista, y observa todos sus movimientos con una satisfacción y ternura maternales: á menudo juega con su hijo, sumergiéndose en las aguas del rio uno detrás de otro. El pequeño mama en el agua: con frecuencia pude observar á un individuo adulto, echado tranquilamente en un mismo sitio, y que solo sacaba un poco la cabeza del agua, mientras que el hijuelo se sumergía y aparecía de nuevo junto al animal, sin duda para respirar el aire.

Heuglin refiere que la hembra da á luz su hijuelo en tierra ó en un pantano, eligiendo al efecto un sitio muy oculto; no le conduce siempre en seguida al rio, sino que le pone á veces en una zanja, de la cual no puede salir sin ayuda de los padres; la hembra le saca cuando va en busca de su alimento, ó cuando se revuelca con el macho en el rio. «Muchas veces, dice el citado naturalista, se ve á los padres echados en la corriente y cogidos con los colmillos á unas raíces; de modo que solo sobresale de la superficie una parte de su cabeza angulosa y pesada; mientras que el hijuelo permanece sin duda sentado en las espaldas de la hembra.» Livingstone, Baker y Schweinfurth tienen tambien noticia de este hecho. El último reconoció como hembras la mitad de los hipopótamos reunidos en un paraje del rio de media legua de extensión, pues llevaban sus pequeños sobre la nuca; estos parecían aun (á fines de diciembre) muy torpes y poco desarrollados. Siempre se les veía en la parte superior del corto cuello de la madre, sentados á manera de jinete; parecia además que las hembras salían del agua, por amor de ellos, con mucha mas frecuencia de la que necesitaban para sí; sumergíanse mas que los machos, pues de estos solo suelen verse las fosas nasales y el hocico; mientras que las hembras quedan casi siempre invisibles, no apareciendo sino los pequeños sobre el agua. No discutiré sobre si la hembra de hipopótamo lleva tambien el hijuelo consigo en sus paseos terrestres, como lo ha pretendido un viajero de estos últimos tiempos.

Todos los observadores están acordes en que no es prudente acercarse á la hembra del hipopótamo cuando está con su cria; pues si teme un peligro, acomete al momento, aunque sea á la luz del sol, á los hombres y á las barcas. La canoa de Livingstone fué levantada en alto por una hembra á la que habian matado su hijuelo algunos dias antes; y uno de los hombres que la tripulaban cayó al agua, siendo de notar que nadie habia hostigado al paquidermo.

En las márgenes del Nilo se citan varios hechos análogos: allí han ocasionado los hipopótamos muchas desgracias.

Yo mismo estuve una vez en peligro de muerte por haber provocado á unos hipopótamos que estaban con sus hijuelos: referiré el hecho porque me parece bastante curioso.

No léjos de la orilla izquierda del Azrak, habiamos encontrado un estanque, que el rio llenó al desbordarse, y que al llegar nosotros, en el mes de febrero, conservaba todavía bastante agua. Habitábanle numerosos pájaros, crocodilos é hipopótamos hembras con sus pequeños, los cuales habrían nacido probablemente allí, pues aquellas tranquilas aguas, rodeadas de bosque y contiguas á los cultivos, parecían un sitio muy á propósito para la morada de los colosales paqui-

dermos. Llamaban sobre todo nuestra atención los admirables pájaros de cuello de serpiente, y como son tan hábiles para sumergirse, forzoso era penetrar á menudo en el agua hasta la cintura, sin cuidarnos de los crocodilos y de los hipopótamos. Mi cazador Tomboldo, que vestía el traje primitivo de nuestros primeros padres, acababa de matar la cuarta ave, introduciéndole una bala en el cuello, única parte que se le veía, y avanzaba tranquilamente para cogerla, cuando un natural del Sudan, que se hallaba en la otra orilla, comenzó á lanzar gritos, haciendo animadas señas. Volvióse Tomboldo, y vió á un hipopótamo que se adelantaba contra él: el animal habia hecho pié y se deslizaba como un jabalí cortando las ondas. Tomboldo emprende entonces la fuga, y gana felizmente el bosque, seguido de cerca, hasta la orilla, por su terrible adversario. Yo tenia en mano una excelente carabina, mas por desgracia cargada con una bala de poco calibre; corro en auxilio de mi fiel servidor, y le veo arrodillado, orando fervorosamente.

«*La il laha il Allah, Mahommet rassuhl Allah!* exclamaba.—No hay mas que un Dios y Mahoma es su profeta; solo por Alá es el Todopoderoso la fuerza; solo de Dios viene el socorro!—Guarda, oh Señor, á tus fieles contra los demonios que has precipitado al infierno!—; Perro, hijo de perro! ¿Querrias tú comerte á un musulman? ¿Que el Todopoderoso te condene y te precipite en el infierno!»— De los temblorosos labios de Tomboldo se escapaban estas palabras, seguidas de otras imprecaciones, y cuando hubo concluido su oración, levantose presuroso, cargó su carabina, y disparó contra el hipopótamo, que se agitaba furioso delante de nosotros; pero la bala resbaló sobre la superficie líquida sin alcanzar al monstruo.

«¿Por la barba del Profeta y por la cabeza de tu padre! amigo Effendi, me dijo el cazador, envía una bala de tu carabina á ese miserable renegado de Dios, que me ha hecho ya perder un pájaro!»

Accediendo á su demanda, hice fuego, y percibí el choque de la bala contra el cráneo del animal: este lanzó un rugido espantoso; sumergiése varias veces y nadó hácia el centro del estanque, sin que al parecer le molestase mucho la herida. En cuanto á nosotros, sedientos de venganza, tomábamnos por blanco la cabeza del paquidermo, y cada vez que aparecía le soltábamnos una descarga. No ignoraba yo que mis balas eran demasiado ligeras, y que á cuarenta pasos no atravesarian la piel de la cabeza; pero no quería privarme del gusto de hacer fuego contra este «delegado del infierno» como decia el árabe.

Algunos dias despues volvimos al mismo sitio, y durante la cacería nos divertimos de nuevo en tirar contra las cabezas de hipopótamos, pero sin atrevernos á penetrar en el agua; los animales, por su parte, parecían alejarse de la orilla, y por lo tanto nos quedamos cada cual en su terreno, nosotros en tierra y ellos en el agua. Despues de una cacería muy feliz, volvíamos á nuestro bote con intención de continuar á la mañana siguiente, cuando á la hora de ponerse el sol supimos que una numerosa bandada de pelicanos acababa de caer sobre el estanque para pasar allí la noche. Acto continuo nos dirigimos otra vez hácia el mismo sitio, y comenzamos á dar caza á las aves, que á los últimos rayos del sol poniente se nos aparecían como grandes y blancos nenúfares sobre la dorada superficie de las aguas. En pocos minutos maté dos; Tomboldo, por su parte, tiraba con mucha actividad. Yo permanecía en mi puesto esperándole hasta que anocheció, y como no le viese volver, púseme en marcha con el nubio que llevaba mi caza. Atravesábamnos un campo de algodones, que formaba ya parte de una selva vírgen y estaba llena de plantas espinosas; contentos con

nuestra presa, y disfrutando de la frescura de la noche que sucedía á los ardores del día, avanzábamos tranquilamente por nuestro camino.

«¿Qué es eso, Effendi?» me preguntó de repente el nubio, señalándome tres masas oscuras, semejantes á otras tantas rocas, y que yo no recordaba haber visto durante el día. Detúveme al punto para mirar, mas en aquel instante comenzó á moverse una de ellas; oyóse un furioso mugido, y se adelantó un hipopótamo contra nosotros. El nubio arrojó en seguida sus armas y la caza, y se alejó presuroso gritando: — ¡*Hauen aleihna ia rabbi!* ¡Ayúdanos! ¡oh Señor del cielo! huye, Effendi, por la gracia de Dios, ó somos perdidos!— Así diciendo desapareció entre los matorrales. Yo sabía que mi traje de color claro excitaba el furor del monstruo, y hallándome sin armas, puesto que las mías eran inútiles contra el acorazado gigante, precipitéme á mi vez en la espesura. Detrás de mí rugía el animal, hiriendo la tierra con sus patas; por delante, á izquierda y derecha, las lianas y los espinos formaban una barrera impenetrable; los pinchos de las mimosas desgarraban mis manos; los ganchudos nabakhs destrozaban mis ropas, y yo corría siempre goteando sangre y sudor, sin rumbo ni dirección fija, perseguido por la muerte bajo la forma de aquel hediondo animal. Causábanme las espinas heridas dolorosas, sin que yo lo sintiese; iba siempre avanzando hácia adelante, é ignoro cuánto tiempo duró aquella fuga. Seguramente no debió ser mucho, porque al fin hubiera sido alcanzado por el monstruo, pero me parecía que habían transcurrido siglos desde el momento en que comenzó la persecución. Delante de mí se extendían las densas tinieblas de la noche; seguíame de cerca un animal furioso; ya no sabía dónde estaba, cuando de repente caí á una grande profundidad. Por fortuna formaba el fondo el agua del río, y al salir á la superficie ví al hipopótamo en lo alto de la escarpada orilla de donde me había caído y en el lado opuesto los fuegos de nuestra barca: atravesé á nado un pequeño brazo: me había salvado felizmente. Durante varios días se resintieron mis huesos á consecuencia de aquella precipitada fuga, y en cuanto á mi traje, estaba completamente hecho jirones.

Tomboldo había corrido el mismo riesgo al volver á casa; también él fué acometido por el hipopótamo, que le persiguió hasta el lugar de la orilla donde yo caí al agua. El árabe llegó muy excitado al sitio donde estábamos, gritando antes desde cierta distancia: «¡Hermanos, hermanos míos, alabad al Profeta, al enviado de Dios! Rezad dos *rakaat* por el bien de mi alma! ¡El hijo del infierno y del demonio me ha perseguido, y el brazo de la muerte se ha extendido hácia mí, pero el Dios Todopoderoso tiene piedad, y su gracia es infinita! ¡Alabad al Profeta, hermanos míos! ¡Yo daré todo un saco de dátiles, como recompensa por haber escapado de las garras del maldito!»

Todo esto me parece bastante para demostrar cuánto es el furor de un hipopótamo cuando está irritado, y prueba además que es una verdadera imprudencia acometer al monstruo sin armas de grueso calibre. Una pequeña bala de carabina, aunque se dispare á corta distancia, no le produce efecto alguno; atraviesa la coraza del crocodilo, mas no tiene bastante fuerza para penetrar de parte á parte por la gruesa piel del hipopótamo y la capa de grasa que hay debajo.

«Luchamos por espacio de cuatro horas, dice Ruppel, con uno de los hipopótamos que habíamos herido, y poco faltó para que destrozase nuestro barco y nos matara á todos. Veinticinco balas que le tocaron en la cabeza, disparadas á una distancia de dos ó tres pasos tan solo, no le atravesaron mas que la piel y los huesos de la nariz, y cada vez que aspiraba el aire, lanzaba chorros de sangre sobre la bar-

ca. Apelamos al fin á un cañoncito, y se necesitaron cinco disparos para destrozár la cabeza y el cuerpo del monstruo antes de espirar. La oscuridad de la noche comunicaba un aspecto mas imponente á la tremenda lucha.»

Esta había durado cuatro horas; el animal, arponado antes, sumergió un barco pequeño y destrozólo, arrastrando con la cuerda á su antojo la lancha grande por todas partes. Este hipopótamo era uno de los mas grandes, que segun afirman los habitantes del Sudan, han sido expulsados de la sociedad de sus compañeros, como despreciables. Segun los indígenas, esta es la causa del gran enojo de aquellos colosos, que en ciertas ocasiones hasta pueden llegar á ser una plaga para el país; pero tambien los individuos pequeños y hembras dan bastante que hacer al cazador, á no ser que este vaya armado de una carabina de gran calibre. En el último caso, muy pronto reconoce *Behemot* la superioridad del hombre y se aterroriza tanto mas, cuanto mas seguro es el efecto del arma de fuego. Sin esta aun viviría el hipopótamo en Egipto; por medio de la carabina se exterminaron estos paquidermos á los pocos años en todos los rios africanos visitados regularmente por europeos, resultado en que ha tenido gran parte el afán de satisfacer el vandalismo brutal, propio de todo hombre rudo y que predomina particularmente en los ingleses, que pretenden ser tan civilizados. Dejo de reproducir aqui las historias de cacerías contenidas en los libros de viajeros contemporáneos, con tanta mas razón cuanto que estos relatos no pueden competir con la sencilla descripción de Ruppel, la cual creo mas importante para dar algunas noticias sobre el modo de cazar de los indígenas.

CAZA.—Los infelices habitantes del interior de Africa, que no tienen armas de fuego, se hallan casi sin defensa contra el hipopótamo, aun cuando son su único enemigo temible. Fuera de las sanguijuelas, las moscas y los gusanos intestinales, ningun animal se atreve con el hipopótamo; todo cuanto se ha referido de sus luchas con el crocodilo, el elefante, el rinoceronte y el leon, debe relegarse de hecho al dominio de la fábula.

El hombre procura librarse de estos animales por todos los medios posibles: llegada la época de la recolección, se encienden hogueras durante toda la noche á lo largo del río, las cuales sirven para espantar á los hipopótamos: en otros países se oye un continuo redoble de tambores, cuyo objeto es tambien asustar á los paquidermos, los cuales solo se vuelven al río cuando divisan un numeroso grupo de personas que adelantan gritando al compás del tambor y agitando teas encendidas. Los indígenas creen que los amuletos son un medio excelente para alejar á todos los demás animales, excepto al hipopótamo, al que atribuyen una naturaleza infernal; en su concepto, la palabra del Profeta es bastante poderosa para alejar de los campos á casi todos los animales dañinos. El hipopótamo y los demás seres que desprecian la justicia no hacen caso alguno de los mejores amuletos, aunque estén escritos por el Seik-ul-Islam de la Meca. El infeliz creyente no tiene, pues, mas que el fuego para combatir á su enemigo; contra el animal diabólico debe emplear los medios infernales.

Sin contar con tales medios defensivos, atacábase ya á este monstruo con la lanza desde las épocas mas remotas, método de cazar tan perfecto como podia serlo con semejante arma. Acometábase, y aun se acomete, al hipopótamo como lo hacian los egipcios; en los monumentos primitivos se ven representadas estas cacerías, y tambien varios autores de la antigüedad; sobre todo Diodoro de Sicilia, nos hablan de ellas. La lanza y una especie de dardo dispuesto convenientemente con una cuerda, y un pedazo de madera, son actualmente

las únicas armas que los habitantes de los territorios del Nilo superior emplean para la caza del hipopótamo. En el nordeste de Africa no se conocen las ingeniosas trampas construidas con lanzas que se cuelgan de los árboles, segun dicen, de tal modo que al pasar el hipopótamo las hace caer; únicamente los negros del Abiad abren zanjas para coger este paquidermo.

El arpon del cazador del Sudan se compone de una punta de hierro, de una vaina de cuerno, de una cuerda y un trozo de madera; la primera es puntiaguda y de dos cortes, y está provista de un fuerte gancho. Penetra profundamente en la vaina de cuerno, mas delgada en sus dos extremidades, y está sujeta además por una cuerda fuertemente entrelazada.

En una punta del madero hay cierta cavidad en la que se introduce dicha vaina, y en la otra se fija la cuerda. La punta penetra en la carne con su vaina hasta tocar la madera; esta cae con la violencia del golpe y queda retenida por la cuerda sujeta al arpon.

Otros cazadores ligan un extremo de la cuerda al arpon y el otro al ligero pedazo de madera, sin atarle á la lanza.

Con esta arma y una lanza ordinaria, se pone en campaña el habitante del Sudan, para sorprender á los peligrosos animales cuando duermen, ó esperarlos al acecho, empresa que requiere á la vez fuerza y astucia, resolucion y agilidad.

Armado del venablo y de su lanza, diríjese el cazador del

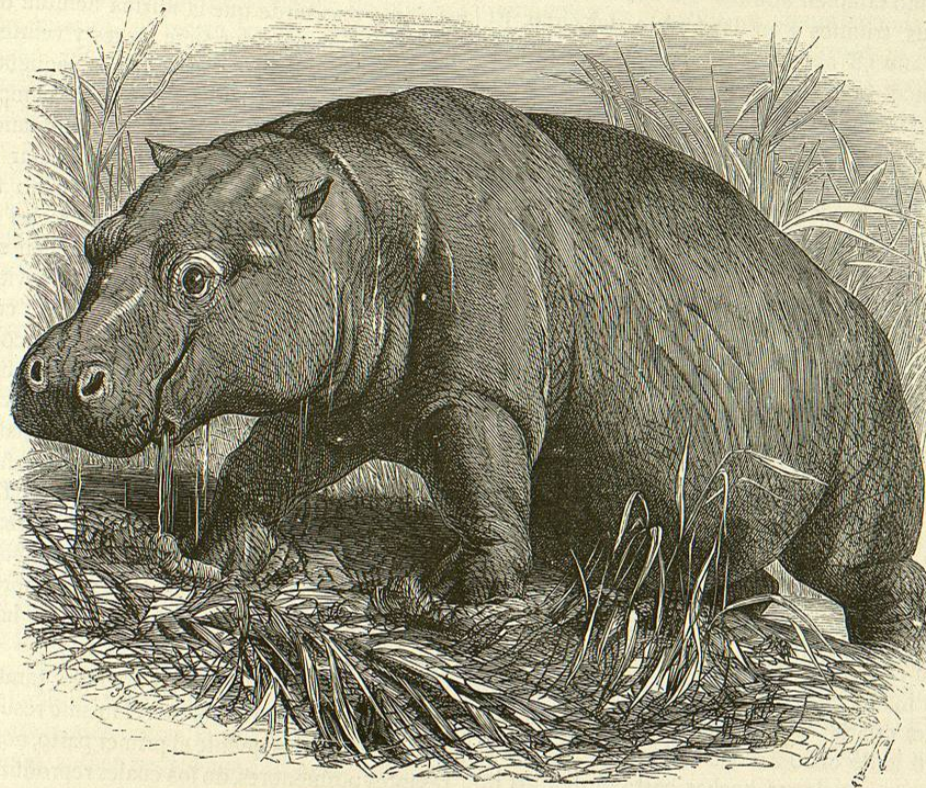


Fig. 301.—EL HIPOPÓTAMO

Sudan á eso de la media noche, hácia los sitios desiertos durante el día, y se desliza á lo largo del río hasta uno de los parajes por donde salen los hipopótamos; ocúltase entre las breñas y se mantiene al viento. El paquidermo no sale hasta algun tiempo despues de haber llegado el cazador; este le deja pasar, y espera su vuelta; jamás le acomete en el momento de dirigirse á tierra, sino cuando se ha introducido en el agua y ha llegado ya al centro del río. Entonces le arroja el arpon y huye, con la esperanza de que el animal asustado se internará en el agua, lo cual sucede comunmente; mientras que si le lanzara el arma cuando sale del río, podría el animal perseguirle en tierra. El cazador se reúne luego con sus compañeros, y acto continuo ó á la mañana siguiente, montan todos una canoa y buscan al animal herido, reconociéndose dónde se halla por el trozo de madera flotante sujeto al arma arrojada con una larga cuerda. Avanzando entonces prudentemente, con el arpon y la lanza prevenidos, uno de los cazadores tira de aquella; el hipopótamo sube al momento á la superficie y se lanza rabioso sobre la canoa, pero recibido por una lluvia de lanzadas y arponazos, se ve precisado á retirarse. Sucede con frecuencia que alcanza la canoa y la destroza entre sus dientes, en cuyo caso corren los cazadores grave peligro, y deben tratar de salvarse

sumergiéndose y nadando. Livingstone dice que en tales circunstancias lo mejor es permanecer algunos momentos debajo del agua, porque despues de haber hecho pedazos la canoa, mira el animal por todos lados para buscar los hombres, y si no ve á ninguno se aleja. A mí me han referido una cosa semejante.

Si la empresa da buen resultado, montan algunos de los cazadores una segunda canoa, y se apoderan del mismo modo de otro hipopótamo.

En caso favorable, una parte de los cazadores se embarca en otra canoa despues del segundo ataque contra el coloso, y recoge la extremidad de un segundo arpon. Tirando de la cuerda se obliga al monstruo á subir á la superficie del agua tantas veces como conviene á los cazadores, los cuales le llenan su ancho lomo de lanzas de tal modo, que este ofrece el aspecto del pelaje de un puerco espin; pero se necesitan armas de fuego para acabar de una vez con el monstruo. En el caso de no tenerlas, se espera á que se haya debilitado por la pérdida de sangre, y se continúa la cacería á la mañana siguiente. Los maderos flotantes indican siempre el sitio donde se halla la presa; y basta ya una buena lanzada en el costado ó el pecho para rematar la víctima.

En sitios donde los hipopótamos no ven continuamente al